



Julio Verne
Fritt-Flacc

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

FRRITT-FLACC

JULIO VERNE

**PUBLICADO: 1884
FUENTE: FR.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

FRRITT-FLACC

I

Frritt... es el viento que se desencadena.

Flacc... es la lluvia que cae a torrentes.

Aquella ráfaga mugiente dobla los árboles de la costa volsiniana y va a estrellarse contra el flanco de las montañas de Crimma. A lo largo del litoral, altas rocas son incesantemente roídas por las olas de ese vasto mar de la Megalócrida.

Frritt... Flacc...

Al fondo del puerto se esconde la pequeña ciudad de Luktrop. Unas pocas centenas de casas, con miradores verdosos que las defienden más o menos contra los vientos del mar abierto. Cuatro o cinco calles en cuesta, más barrancos que calles, empedradas de guijarros, manchadas de escorias que escupen los conos eruptivos del trasfondo. El volcán no está lejos: el Vanglor. Durante el día, la presión interior se derrama en forma de vapores sulfurosos. Durante la noche, cada minuto, un grueso vómito de llamas. Como un faro de ciento cincuenta kertzés de alcance, el Vanglor señala el puerto de Luktrop a los caboteros, felzanes, verlijos o balanzas cuya proa surca las aguas de la Megalócrida.

Al otro lado de la ciudad se amontonan algunas ruinas de la época crimeriana. Luego un arrabal de aspecto árabe, una casbah de muros blancos, tejados redondos y terrazas devoradas por el sol: un amontonamiento de cubos de piedra arrojados al azar. Un verdadero montón de dados de juego cuyos puntos se hubiesen borrado bajo la pátina del tiempo.

Entre otras construcciones, llama la atención el Seis-Cuatro, nombre dado a un edificio singular con seis aberturas en una fachada y cuatro en la otra.

Un campanario domina la ciudad: la torre cuadrada de Santa Filfilena, con campanas suspendidas en los huecos de los muros, que el huracán pone a veces en movimiento.

Mal augurio. Entonces, en aquellas tierras, cunde el miedo.

Tal es Luktrop. Luego, viviendas dispersas por el campo, entre retamas y brezos, passim, como en Bretaña. Pero no estamos en Bretaña.

¿Estamos en Francia? No lo sé. ¿En Europa? Lo ignoro.

En todo caso, no busquen Luktrop en el mapa, ni siquiera en el atlas de Stieler.

II

¡Froc...! Un golpe discreto ha sonado en la estrecha puerta del Seis-Cuatro, en la esquina izquierda de la calle Messaglière. Es una de las casas más confortables, si es que esa palabra tiene curso en Luktrop; una de las más ricas, si ganar año tras año unos pocos miles de fretzers constituye la riqueza.

Al froc ha respondido uno de esos ladridos salvajes en que se mezclan aullidos: lo que sería el ladrido de un lobo. Luego una ventana se abre sobre

la puerta del Seis-Cuatro.

— ¡Al diablo los importunos! — dijo una voz de malísimo humor.

Una joven, tiritando bajo la lluvia, envuelta en una mala capa, pregunta si el doctor Trifulgas está en casa.

— ¡Está o no está, según!

— Vengo por mi padre, que se muere.

— ¿Dónde se muere?

— Por el lado del Val Karniou, a cuatro kertztes de aquí.

— ¿Y cómo se llama?

— Vort Kartif.

— Vort Kartif... ¿el craquetinero?

— Sí, y si el doctor Trifulgas...

— ¡El doctor Trifulgas no está!

Y la ventana se cerró de golpe, mientras los Frittts del viento y los Flaccs de la lluvia se confundían en un ensordecedor estruendo.

III

Un hombre duro, ese doctor Trifulgas. Poco compasivo, que solo atendía previo pago en metálico. Su viejo Hurzof —un cruce de bulldog y de spaniel— habría tenido más corazón que él. La casa del Seis-Cuatro, inhospitalaria con los pobres, solo se abría para los ricos. Y además, todo estaba tarifado: tanto por una tifoidea, tanto por una congestión, tanto por una pericarditis y otras enfermedades que los médicos inventan por docenas. Ahora

bien, el craquetinero Vort Kartif era un hombre pobre, de familia miserable. ¿Por qué iba a molestarse el doctor Trifulgas, y encima una noche semejante?

—Con solo haberme hecho levantar —murmuró al volver a acostarse—, eso ya valía diez fretzers.

Apenas habían transcurrido veinte minutos cuando el aldabón de hierro golpeó de nuevo la puerta del Seis-Cuatro.

Refunfuñando, el doctor se levantó de la cama y, asomado a la ventana, gritó:

—¿Quién va?

—Soy la mujer de Vort Kartif.

—¿El craquetinero del Val Karniou?

—Sí, y si se niega a venir, morirá.

—¡Pues quedará usted viuda!

—Aquí tiene veinte fretzers...

—¡Veinte fretzers para ir al Val Karniou, a cuatro kertzés de aquí!

—¡Por favor!

—¡Al diablo!

Y la ventana se cerró. ¡Veinte fretzers! ¡Menuda ganga! Arriesgarse a coger un resfriado o una contractura por veinte fretzers, sobre todo cuando al día siguiente le esperaban en Kiltreno, en casa del rico Edzingov, el gotoso, a quien explotaba la gota a cincuenta fretzers por visita.

Con esa agradable perspectiva, el doctor Trifulgas se durmió de nuevo más duro que antes.

IV

Frritt... Flacc... y luego, ¡froc... froc... froc...!

A la ráfaga se han sumado esta vez tres golpes de aldabón, dados con mano más decidida. El doctor dormía. Despertó, pero ¡de qué humor! La ventana abierta, el huracán entró como una descarga de metralla.

—Es por el craquetinero...

—¡Otra vez ese miserable!

—¡Soy su madre!

—¡Que revienten la madre, la mujer y la hija con él!

—¡Ha tenido un ataque!

—¡Que se defienda!

—Nos han entregado algo de dinero —prosiguió la anciana—: un anticipo por la casa que se ha vendido al camonero Dontrup, de la calle Mes-saglière. Si no viene, mi nieta se quedará sin padre, mi hija sin marido, y yo sin hijo.

Era algo lastimoso y terrible oír la voz de esa vieja, pensar que el viento le helaba la sangre en las venas, que la lluvia le empapaba los huesos hasta debajo de su magra carne.

—¡Un ataque son doscientos fretzers! —respondió el desalmado Trifulgas.

—Solo tenemos ciento veinte.

—¡Buenas noches!

Y la ventana volvió a cerrarse. Pero, tras reflexionarlo, ciento veinte fretzers por una hora y media de camino más media hora de visita daban aún sesenta fretzers la hora: un fretzer por minuto. Poco provecho, mas no des-deñable.

En vez de acostarse, el doctor se deslizó dentro de su traje de valvete, se calzó sus grandes botas de pantano, se enfundó en su pelliza de lurtaina y, con el suroeste en la cabeza y los mitones en las manos, dejó la lámpara encendida junto a su Codex, abierto por la página 197. Luego, empujando la puerta del Seis-Cuatro, se detuvo en el umbral.

La anciana estaba allí, apoyada en su bastón, descarnada por sus ochenta años de miserias.

—¿Los ciento veinte fretzers?

—Aquí los tiene, ¡y que Dios se los devuelva al céntuplo!

—¡Dios! ¡El dinero de Dios! ¿Acaso alguien le ha visto la cara alguna vez?

El doctor silbó a Hurzof, le puso un farolillo en la boca y tomó el camino del mar.

La anciana le seguía.

V

¡Vaya tiempo de Frittts y Flaccs! ¡Las campanas de Santa Filfilena se han puesto en movimiento bajo la borrasca! ¡Mal augurio! Bah, el doctor Trifulgas no es supersticioso. No cree en nada, ni siquiera en su propia ciencia, salvo en lo que le reporta. ¡Vaya tiempo, y vaya camino! Guijarros y escorias: los gujarros, resbaladizos de algas; las escorias, que crujen como ceniza. Más luz que la del farolillo del perro Hurzof no hay: vaga, vacilante. A veces, el chorro de llamas del Vanglor, en cuyo seno parecen agitarse grandes siluetas espectrales. Nadie sabe a ciencia cierta qué hay en el fondo de esos cráteres insondables. Quizá las almas del mundo subterráneo que se volatilizan al salir.

El doctor y la anciana siguen el contorno de las pequeñas calas del litoral. El mar es blanco de un blanco lívido, un blanco de luto. Chisporrotea al deshacerse en la línea fosforescente del resaque, que parece verter puñados de luciérnagas sobre la orilla.

Ambos remontan así hasta el recodo del camino, entre dunas onduladas cuyos retamos y tojos entrechocan con un tintineo de bayonetas.

El perro se había acercado a su amo y parecía decirle:

— ¡Hum! ¡Ciento veinte fretzers para meter en la caja fuerte! ¡Así se hace fortuna! ¡Una vara más al vallado de la viña! ¡Un plato más en la cena! ¡Una ración más para el fiel Hurzof! ¡Atendamos a los ricos enfermos y sangrémosles... el bolsillo!

En ese punto, la anciana se detiene. Con su dedo tembloroso señala, en la oscuridad, una luz rojiza. Es la casa de Vort Kartif, el craquetinero.

— ¿Allí? — pregunta el doctor.

— Sí — responde la anciana.

— ¡Harraouh! — suelta el perro Hurzof.

De repente, el Vanglor detona, sacudido hasta los contrafuertes de su base. Un chorro de llamas fuliginosas sube hasta el cénit, traspasando las nubes. El doctor Trifulgas ha caído de un golpe.

Jura como un carretero, se levanta, mira.

La anciana ya no está detrás de él. ¿Ha desaparecido por alguna grieta del suelo, o ha salido volando entre el ondear de las brumas?

En cuanto al perro, sigue allí, de pie sobre las patas traseras, la boca abierta, el farolillo apagado.

— ¡Adelante de todos modos! — murmura el doctor Trifulgas.

El honrado hombre ha cobrado sus ciento veinte fretzers. Hay que ganárselos.

VI

No queda más que un punto luminoso, a media kertze. Es la lámpara del moribundo, del muerto quizá. Esa es la casa del craquetinero. La anciana la señaló con el dedo. No cabe error.

En medio de los Frritts silbantes y los Flaccs crepitantes, en el fragor de la tormenta, el doctor Trifulgas camina a paso apresurado.

A medida que avanza, la casa se perfila mejor: está aislada en medio del páramo.

Es singular observar cómo se parece a la del doctor, al Seis-Cuatro de Luktrop. Misma disposición de ventanas en la fachada, misma pequeña puerta en arco.

El doctor Trifulgas se apresura todo lo que le permite la ráfaga. La puerta está entornada; no tiene más que empujarla, la empuja, entra, y el viento la cierra tras él con violencia. El perro Hurzof, fuera, aúlla, callando a intervalos, como los cantores entre los versículos de un salmo de las Cuarenta Horas.

¡Es extraño! Diríase que el doctor Trifulgas ha vuelto a su propia casa. Sin embargo, no se ha extraviado. No ha dado ningún rodeo. Está en el Val Karniou, no en Luktrop. Y con todo: mismo corredor bajo y abovedado, misma escalera de madera en espiral con grueso pasamanos, desgastada por el roce de manos.

Sube. Llega al rellano. Ante la puerta, una luz tenue se filtra por debajo, como en el Seis-Cuatro. ¿Es una alucinación? En una luz vaga reconoce su habitación, el sofá amarillo a la derecha, el aparador de viejo peral a la izquierda, la caja fuerte con refuerzos de hierro donde pensaba depositar los ciento veinte fretzers. Ahí está su sillón con orejas de cuero, ahí su mesa de pie torcido, y encima, junto a la lámpara que agoniza, su Codex, abierto por la página 197.

—¿Qué me pasa? —murmuró.

¿Qué le pasa? Que tiene miedo. La pupila se le ha dilatado. El cuerpo se le ha contraído, empequeñecido. Una transudación helada le enfría la piel, sobre la que siente correr rápidos escalofríos.

¡Pero darse prisa! Por falta de aceite, la lámpara va a apagarse, y el moribundo también.

Sí, la cama está ahí: su cama, con columnas y dosel, tan larga como ancha, cerrada con cortinas de grandes ramajes. ¿Es posible que ese sea el camastro de un pobre craquetinero?

Con mano temblorosa, el doctor Trifulgas toma las cortinas. Las abre, mira.

El moribundo, con la cabeza fuera de las mantas, está inmóvil, como al término de su último aliento. El doctor se inclina sobre él...

¡Ah! ¡Qué grito, al que responde, desde fuera, el siniestro aullido del perro!

El moribundo no es el craquetinero Vort Kartif... ¡Es el doctor Trifulgas! ¡Es él a quien la congestión ha fulminado, él mismo! Una apoplejía cerebral con acumulación de serosidad en las cavidades del cerebro, con parálisis del cuerpo en el lado opuesto al del foco de la lesión.

¡Sí! Es él por quien han venido a buscarlo, por quien han pagado ciento veinte fretzers. Él, que por dureza de corazón se negaba a ir a atender al pobre craquetinero. Él, que va a morir.

El doctor Trifulgas está como loco. Se sabe perdido. Los síntomas se agravan de minuto en minuto. No solo se suprimen en él todas las funciones de relación, sino que los movimientos del corazón y de la respiración van a cesar. ¡Y aún no ha perdido del todo la conciencia de sí mismo!

¿Qué hacer? ¿Reducir la masa de sangre mediante una emisión sanguínea? El doctor Trifulgas está muerto si vacila...

Todavía se sangraba en aquellos tiempos, y, como ahora, los médicos curaban de apoplejía a quienes no debían morir de ella.

El doctor Trifulgas coge su maletín, saca una lanceta, pincha la vena del brazo de su doble: la sangre no acude a su brazo. Le hace enérgicas fricciones en el pecho: el juego del suyo se detiene. Le quema los pies con piedras calientes: los suyos se enfrían.

Entonces su doble se incorpora, se debate, lanza un último estertor...

Y el doctor Trifulgas, a pesar de todo lo que le ha podido inspirar la ciencia, muere entre sus propias manos.

Frritt... Flacc...

VII

Por la mañana, en la casa del Seis-Cuatro, no se encontró más que un solo cadáver: el del doctor Trifulgas. Lo metieron en un ataúd y fue conducido en gran pompa al cementerio de Luktrop, tras tantos otros a quienes él había enviado allí —según la fórmula—.

En cuanto al viejo Hurzof, dicen que desde aquel día recorre el páramo con su farolillo encendido de nuevo, aullando como perro perdido.

No sé si es cierto, pero en ese país de la Volsinia, precisamente en los alrededores de Luktrop, ocurren cosas muy extrañas.

Por lo demás, lo repito: no busquen esa ciudad en el mapa. Los mejores geógrafos no han podido ponerse de acuerdo sobre su situación en latitud... ni siquiera en longitud.

Jules Verne

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB